

de la literatura. Ya a mediados de los 70, se practicaba el *Media Art*, y sus artistas eran muy críticos con los medios de comunicación de masas y sus métodos de manipulación de la opinión pública. El *Media Art*, rama del arte conceptual, se ocupaba de temas de la actualidad, igual que el posmodernismo.

Dice Thierry de Duve que la pregunta estética *moderna* ya no es «¿qué es lo bello?» sino: «¿qué sucede con el arte?» Si estamos en la posmodernidad, ¿cómo es que aún andamos dándole vueltas a esa misma pregunta? (la misma, por cierto, que obsesionaba a los conceptuales). En tu primera carta dices: «si abrimos el término (de lo conceptual), mejor utilizar otro». Pues me gusta esta propuesta: ¿qué término utilizarías? Quizá por ahí preservemos, como debe ser en el arte, la conciencia de la duda.

Hasta el siguiente *round*, compadre.

* * *

Londres, 28/2/00

Querida Mireia,

Yo sí que creo que esas «aspiraciones de libertad y expansión de la mente» se han perdido. Cuando menos, como dices, de libertad y expansión absoluta. Y el paso de los fines absolutos y universales a los relativos y parciales es un cambio muy importante para las relaciones sociales, económicas y, por supuesto, artísticas. Los problemas del romanticismo no han sido solucionados, pero se han sobrepasado, se han disuelto. Está claro que hay gente que ve el mundo *todavía* de una manera romántica, pero yo no creo convivir con ellos. Es decir, más bien, que ese espíritu no convive dentro de mí con este otro talante que no presta esa atención a los fines últimos. Quisiera insistir en que nunca hablo de la posmodernidad como si fuese un movimiento de pensadores y artistas, sino como una fractura que se produce en la historia y en concreto en mi historia personal.

En mi primera carta digo que si abrimos el término conceptual, mejor utilizar otro. Me refería a inventar otro nombre para lo que se hizo antes del 75, eso que así pasaría a ser algo como «el arte conceptual ortodoxo».

El otro día estuve en Whitechapel Gallery viendo una exposición que se titula *Live in Your Head. Concept and Experiment in Britain* y que muestra una gran selección de obras de los años sesenta y setenta. La sensación que tuve es que los *curators* han elegido las obras de la época que más

juego daban al espectador de obras contemporáneas, en lugar de dar una visión histórica del movimiento. Es lo que se podría llamar «una recontextualización». Algunas de las obras parecían muy antiguas (sobre todo las que hacían estadística o ciencia disparatada, tan de moda en esa época y que ha perdido interés ya que actualmente los propios científicos y estadistas han tomado el relevo del disparate) pero resultaba una exposición chispeante y viva. El programa de mano dice: «*Live in Your Head* es sobre todas esas ideas, un posicionamiento y estratificación sin fin que deja un legado creativo, el cual ha alimentado en gran medida la práctica contemporánea». Para mí esto es una manera muy sofisticada y ajustada de describir la relación entre el arte conceptual (éste que llamo jocosamente «ortodoxo») y el arte actual, que ahora simplemente es «práctica contemporánea».

* * *

Madrid, abril 14, 2000

Manuel: Han pasado muchas semanas desde que recibí tu último fax. Pensé en contestarte durante mi viaje (Estados Unidos, Costa Rica), y luego decidí tomar distancia con nuestra correspondencia y volverme a comunicar contigo con el bagaje de nuevas experiencias. Cosa de ver si nuestros puntos de vista se acercaban algo más. Pero me temo que he regresado más romántica que nunca. Justamente, quizá, por haber convivido con muchos artistas y haber llegado a la conclusión de que existen de dos tipos: los que practican el arte y los que lo viven. Se suele saber más de los primeros, porque es más fácil juzgar un producto que un compromiso. Y es que quienes lo viven se pierden por derroteros difíciles de seguir. Por ello parece que hubiera desaparecido esa «libertad y expansión de la mente». Pero no: lo que ocurre es que los que viven el arte no están presentes en los medios de comunicación, ni en el comercio, ni en los aparatos que rodean al arte. Están lejos de la profesionalización que se requiere para estar en el circuito.

Me ha interesado mucho lo que cuentas de la exposición que fuiste a ver. Y dos palabras que has escrito son las que dan vueltas por mi cabeza: recontextualización y estratificación. Ya sé que en tu carta ni van juntas, ni se aplican a lo mismo, ni tan siquiera provienen de la misma persona. Pero son palabras que ni siquiera hubiesen aflorado en una conversación sobre

arte, antes de la existencia del conceptual; del conceptual ortodoxo, como lo llamas. En cambio, la relevancia del *curator* sí parece un hecho posmoderno. Y me temo que el auge de los comisariados haya ayudado a diluir el verdadero espíritu artístico. Actualmente es difícil llegar a conocer a un joven artista a través de una exposición organizada por un comisario, porque a éste le suele interesar más su propia idea que el espíritu de los artistas que presenta. Por eso, en general, no disfruto mucho de las exposiciones colectivas. Salgo de ellas con la impresión de haber visitado una especie de *shopping-mall* cultural. Lo que dices acerca del comisariado de *Live in Your Head* es otro ejemplo de que el trabajo del comisario suele estar más orientado hacia su propio beneficio que hacia el de los artistas.

Y ahora, hablando de tu caso personal, yo te veo mucho más romántico de lo que crees ser. La prueba es que abandonaste una línea que te estaba dando estupendos resultados, sencillamente porque te interesaba adentrarte por otros caminos, aunque ello signifique complicarte la vida. ¿No es esto tomar partido a favor de las aspiraciones de libertad y expansión de la mente? Pero me temo que también te catalogo como artista conceptual, ya que esta corriente artística conforma una especie de sistema de análisis cultural, ejercicio que has practicado y sigues practicando tan asiduamente que seguramente constituye el verdadero hilo conductor de tus propuestas artísticas a través de los años. Tan sólo añadiré que lo de ejercer una «práctica contemporánea» es lo que debían pensar también estar haciendo los artistas rupestres, Ucello, Miguel Ángel, da Vinci o Cézanne.

Abrazo,

* * *

Londres, 26/4/00

Querida Mireia,

He leído con gran agrado tu carta porque vibran en sintonía con lo que siento con respecto al arte y a nuestra amistad. El disfrute que encuentro en estas relaciones no proviene tanto de la teoría como de la experiencia de discurrir por la vida conforme marcan los propios defectos y excelencias. La vibración es indiscutible y permanente, e incommunicable para quien no está en la misma frecuencia, pero dado que el contenido sí es discutible, paso a contestarte párrafo por párrafo.

No creo que nos separe el hecho de que te vuelvas más romántica. Si vas a mirar, nos interesan el mismo tipo de artistas, personajes y actitudes (aunque quizá coincidamos porque caigo en, según Eliot, la tentación de la traición más alta: *to do the right thing for the wrong reason*). Yo no busco tampoco artistas que hagan profesión de su carrera de artistas. Me interesan los que tienen obras intensas, complejas y divertidas (que a mí me diviertan). Normalmente es gente que trabaja bien porque su vida está muy implicada en su trabajo y no piensan en otra cosa en todo el día. Esto les obliga en algunas ocasiones a llevar a cabo determinadas acciones para conseguir dinero a partir de su trabajo.

A mí tampoco me interesa la labor del comisariado inspirado, ni la del artista fabricante, y mucho menos la del público interpasivo. Creo que hasta que se diluyan definitivamente las responsabilidades, les sienta mejor un aire gestor a los artistas que un aire de artista a los gestores: me gustan los artistas que van a ver exposiciones como público y que gestionan y organizan como comisarios. Y sí: el que exista esta imagen de artista esquivo, camaleónico y fluctuante se lo debemos al conceptual ortodoxo (y a otras muchas más cosas).

En cuanto a mi caso personal y al desarrollo de mi trabajo, donde tú me ves romántico, yo me veo sucesivamente y según las circunstancias, caprichoso, terco, estúpidamente rebelde, orgulloso, permanentemente insatisfecho, vividor, naïf, vehemente, ambicioso, sabio, torpe, inadaptado, hipersensible a la vanidad, vanidoso... pues todo ellos son buenos adjetivos para quien abandonó una línea que estaba dando estupendos resultados (no artísticos, no personales, no económicos) para adentrarse en otros caminos (más interesantes, más satisfactorios y, espero, más rentables).

Un abrazo,



El vacío y la oscuridad son el despojado, inmaterial punto de partida para un recorrido por todas las áreas públicas del centro, con una secuencia imprevisible de impresiones o referencias luminosas y auditivas (proyecciones de imágenes o simples haces de luz que realzan determinados detalles, ráfagas sonoras, entre otras intervenciones y elementos que compendian en cierto modo otros trabajos anteriores.

Antoni Muntadas: *Des/Aparicions* (1996)